



INDIFERENCIA,
AMOR
Y
CONFLICTO

Pablo Antonio Cuadra

Con motivo de la última navidad, Pablo Antonio Cuadra, laico nicaragüense e ilustre escritor y periodista, publicó en el diario "La Prensa" estas inspiradoras reflexiones.

Son tres las formas fundamentales de relación de los hombres en sociedad: el amor (cuya dosis mínima es la justicia), el conflicto (que puede degenerar en el odio y en el exterminio), y la indiferencia.

La indiferencia es la forma de relación más común pero también la más gris, congeladora y desesperante de nuestra civilización moderna: Es la que convierte en número a la persona humana, la que mira al "otro" como un cero a la izquierda. La relación de indiferencia es la tentación típica del burócrata y cuando un régimen o un sistema, por buenas que sean sus estructuras, se burocratizan, la sociedad que crean se deshumaniza y pierde, por enfriamiento lento, su capacidad creadora. ¡Ay del arte y de la vida cuando se "burocratizan"! Y ¡ay de la política cuando en vez de rostros y de nombres contempla números! ¡Nada peor que la dictadura de la indiferencia!

Si la indiferencia ve al otro en tercera persona, como "él" --un ser sin nombre--, el amor en cambio ve al otro en primera persona: no la ve como un objeto sino como un sujeto. En el amor el "yo" afirma el "tú" y no sólo lo afirma sino que lo promueve. Amar a un ser humano, dice Gevaert, es querer que coma, que beba, que se vista, que tenga una casa, que adquiera instrucción y cultura, que tenga seguridad social, que desarrolle libremente las dimensiones fundamentales de su existencia. Para el amor todo ser humano es un ser corpóreo, necesitado, llamado a realizarse junto con los demás en el mundo. Por eso crea la justicia que es la medida mínima de amor y de reconocimiento que hay que dar a los demás. Pero esta medida nunca basta. Las estructuras creadas por la justicia no expresan nunca perfectamente el reconocimiento que se le debe al hombre, sino sólo parcialmente. Nunca resultan adecuadas en un mundo que ~~se~~ encuentra en continua transformación. Por eso surge una tensión permanente entre las estructuras existentes y las exigencias concretas de un mejor reconocimiento del hombre por parte del hombre. Siempre es posible mayor justicia. Siempre es necesario más amor. El amor no es estático sino dinámico y por eso siempre tiene que estar dispuesto a luchar --con un despierto sentido crítico de perfección-- porque exista entre los hombres cada vez mayor Justicia: ese salario mínimo de la convivencia humana!

La tercera forma de relación intersubjetiva es el conflicto. ¿Cómo definirlo? ¿Como "pecado original", es decir como tendencia radical del hombre al mal? ¿Como egoísmo que oprime al otro, como prepotencia que suprime al otro, como insuficiencia de la libertad humana para realizarse a sí misma?

Toda la historia del hombre es conflicto. Para Hegel el conflicto se produce necesariamente y su expresión-tipo es la relación amo-esclavo, es decir, el "yo" siempre busca el poder a costa del otro y el otro, el esclavizado, para sobrevivir tiene que luchar y acabar con el amo.

También para Sartre el conflicto no tiene solución. Para el filósofo francés "el otro" es siempre y en todas partes

el que me impide mi expansión y mi realización. "El otro" es siempre el obstáculo para mi libertad. Por tanto el "nosotros" no se puede dar sino como infierno. "El Infierno son los otros", dice Sartre.

Sin embargo, el conflicto no es sólo una forma de relación negativa. El conflicto no es sólo hostilidad malvada e irremediable del "hombre-lobo-con-el-hombre", sino el resultado de las limitaciones de la naturaleza humana, que, si se saben superar, sirve como acicate y como medio de progreso humano en la historia.

Es decir, lo malo no es el conflicto (porque el conflicto es el reto permanente de nuestra naturaleza finita), sino dejarse encerrar dentro de él, hundirse en él. Precisamente el gran mal del capitalismo es hundirse en el conflicto y convertir en regla de su juego el propio conflicto.

¿Cuál es, pues, la salida?

Hace dos mil años, Cristo, que fue crucificado sobre el vértice más agudo y escandaloso del conflicto humano, abrió la puerta: Dios se hace hombre y muere para que el hombre sea Dios. A Cristo lo matan en nombre de Dios porque revela un Dios distinto, revelación que a su vez descubre relaciones diferentes, nuevas, revolucionarias entre los hombres. La revelación, no de un Dios Amo (que justificaría la esclavitud), sino de un Dios Padre, no sólo justifica sino exige que los hombres sean hermanos (y elimina desde su raíz las razas y el racismo, las clases y el clasismo). La revelación de que Dios es Amor, impone una nueva relación entre los hombres: el nuevo mandamiento de Cristo: "Amaos los unos a los otros". Si Cristo nos revela facciones nuevas de Dios es para decir inmediatamente vosotros frente a los otros hombres debéis ser así. El centro, por tanto, de la fe anunciada por El es precisamente el modo de situarse ante el hombre. "Lo que hacéis a uno de estos pobres, me lo hacéis a mí", dice Cristo.

Así pues, la salida del conflicto que Cristo nos abre es el amor y nos pone un acicate: lo que hacemos por

el hombre es nuestra medida de salvación. Su doctrina es lo contrario de una alienación. Es una responsabilidad total.

Pero Cristo no sólo muere, sino que resucita. No sólo anuncia una fe, sino una esperanza. Una esperanza hacia el pasado y hacia el futuro, porque en la resurrección de Cristo se rescata el pasado de millones y millones de seres que lucharon por el bien del hombre, que se sacrificaron, que dieron amor, que soñaron la justicia pero que no vieron el "día nuevo". Como también abre el futuro, la creación de un futuro cada vez mejor, la creación incluso de lo imposible porque en El "todo es posible".

Sin embargo, en el siglo pasado, un hombre llamado Marx encontró cerrada de nuevo esa puerta. O aparentemente cerrada porque por una deserción mayoritaria de los cristianos, en vez de superar el conflicto, se habían sumergido en él, desobligándose de transformar al hombre y al mundo por el amor. Marx vivió, como él mismo dice en "El Capital": un cristianismo mercantilista, con "su culto del hombre abstracto", un "cristianismo en su modalidad burguesa, bajo la forma de protestantismo, deísmo, etc." En vez del Dios de Cristo, se había retornado al deísmo de un Dios Amo (a cuya sombra la llamada Civilización Cristiana sometía a los pueblos del tercer mundo a la esclavitud); en vez del Dios "Padre" revelado por Cristo, se había instalado en la fe un Dios Monarca que servía para justificar y canonizar el statu-quo de una sociedad de ricos y de pobres, de explotadores y explotados.

Por eso Marx, al afrontar el conflicto de las relaciones humanas y al descubrir que la fuente conflictiva estaba en la explotación del hombre por el hombre, señaló que ese mismo conflicto, que esa misma lucha --la lucha de clases-- era el camino para superar el conflicto, llevando al proletariado a la victoria que, según Marx, creará una sociedad futura y nueva en que la valorización del hombre y de su vida real será plena. Esa victoria, para Marx, al terminar con las causas del conflicto humano, terminará también con el Estado (con el Poder) por innecesario, y junto con el

Poder hará desaparecer la Religión que según la visión de Marx en su tiempo, no es más que el reflejo de la falsa situación social.

La idea de Marx de la Religión como alienante y como "opio del pueblo" es, por tanto, culpa de la imagen de Dios que los cristianos de su tiempo ofrecieron a Marx. Pero es también culpa de Marx que no profundizó, que no siguió en la línea de su método hasta llegar a Cristo. En este sentido Marx se contagia de la ideología que está combatiendo. Inserta en el Socialismo una cosmovisión que no le es propia sino más bien la del mundo que combate. Marx, para poder combatir los falsos ídolos y fetiches del dinero y del capitalismo; se vió obligado a proclamarse ateo, pero quien mejor puede enseñarnos a desenmascarar a los falsos dioses es el Dios verdadero y viceversa, quien no le conozca puede caer con facilidad en las manos del ídolo, o de los ídolos.

Naturalmente que sobre este punto se puede hablar torrencialmente. Pero lo importante es proyectar estos pensamientos sobre el conflicto nicaraguense. Porque si hay un lugar donde el conflicto que hemos venido exponiendo alcanzó un grado máximo de dramatismo fue en Nicaragua. Represión militar, opresión política, explotación social se sumaron en una intensidad pavorosa casi sin paralelo en América. Pero el historiador observa que en el vértice de ese conflicto se destacan dos fuerzas ideológicas, dos concepciones humanistas que las circunstancias unen en un acuerdo práctico absolutamente inédito para luchar por una solución revolucionaria del conflicto. Me refiero al Marxismo y al Cristianismo.

Pero el historiador observa además un fenómeno sorprendente respecto al aporte cristiano: que ese aporte no sólo se produce a nivel teórico sino práctico. No sólo se produjeron documentos sacerdotales y episcopales de denuncia profética del somocismo y a favor de un cambio, no sólo se dieron cartas pastorales declarando el derecho del pueblo a la insurrección o(como la última carta) que es

la primera en América en darle todo su contenido evangélico a la solución socialista: sino que estas actitudes fueron reflejo y expresión de una participación cristiana a todos los niveles en la lucha revolucionaria: reuniones litúrgicas concientizadoras en las parroquias y en comunidades campesinas, concientización de grupos juveniles, cuestionamiento del régimen a través de tomas de Iglesias, apoyos clandestinos, monjas, sacerdotes o fieles escondiendo a militantes perseguidos, y sobre todo el fuerte aporte de militantes y mártires que llegaron a la acción revolucionaria por motivaciones puramente cristianas.

Es decir, si el historiador es además marxista se encuentra que en el conflicto de Nicaragua la realidad es que la religión "opio del pueblo" se transformó aquí en religión promotora de liberación. Esto cambia con hechos --no con teorías-- la realidad del socialismo que estamos construyendo. No es que el cristianismo pida, como un partido político, un pago de intereses por su participación. No! Es que de hecho el Socialismo ha tenido y tiene aquí, además de una raíz marxista, una raíz cristiana y que, por lo tanto se ha producido una realidad revolucionaria nueva.

Es importante no eludir esta realidad.

Es importante profundizarla en esta Navidad que nos enfrenta al nacimiento del "hombre -nuevo".

